

nia bajo una vigorosa organizacion militar que la conservase al abrigo de una invasion por parte de los árabes ó de los montañeses vascones (1).

Despues de la desastrosa retirada de Carlo-Magno, Zaragoza fué teatro de nuevas turbulencias entre

Escapa hadi. Carlomagdo errege, hire luma beltcekin eta hire capagoria rekin.

Ire ilobe maítia Rolan gangarraha hautchet ila'dago.

Bere cangarhasuna ieretaco ez tuican

Eta horaí, Escualdunac, utzidicagun arrhoca horiec.

Jausgiten fite igordetçakun queredardac escapa tcendiren contoá

¡Baduaci! ¡baduaci! ¿Nunda bada lantzazco sasi hura?

¿Nun dira hoien erdian agericiren cernahi colozeco bandera hec?

Ezta gihüago simistariç atheratcen hoien arma odolez bethetariç.

¿Ceuban dira? ¡Haura, condaitçac ongi!

Hogoi, hemeretzi, hemeçotzi, hamazazpi, hamazei, hamabortz, hamalaü, hamabirur,

Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zortzi, zatzpi, sei, bort, laü, hirur, bua, bat.

¡Bat! Ezta bihiric ageri gihüago.

¡Akhaboda! Etcheco-jauna, intaiten ahalcia cure Macurrarekin,

Zure emaztiaren, eta çure haurren bezarcat cerat,

Zure darden garbitcerat, eta altchacerat, cure tuntekin, eta gero heüen gañian et çatçat eta lociteat.

Gabaz archanuac ienendira haragi pusca leherte horiee iaterat

Eta hezur horiec oro zuritu codira eternitatean.

Este bello canto de guerra en lengua éuskara, cuya tradicion aun se conserva entre los habitantes de los Pirineos donde pasó la batalla de Roncesvalles á que alude, hállase en el Recueil de M. J. Michel, Chansons de Roland, appd. pág. 226, y en el Journal de l'Institut historique, tom. I pág. 176.— El Altabizar es una colina que domina el vallado de Roncesvalles.

(1) No es posible formar una

idea medianamente exacta de estos sucesos por la historia de Mariana. En el cap. 41 del lib. VII. que titula: *Como Carlo-Magno vino en España*, altera fechas, refiere fábulas, supone hechos, ni probados ni verosímiles, añade dos ó tres venidas de Carlo-Magno que no hubo, confunde épocas, y confunde tambien al lector, que debe mirar como no existente dicho capítulo.

los caudillos musulmanes enemigos de Abderrahman. Hussein ben Yahia, el Abassida, habia hecho asesinar á Ibnalarabi, provocado una reaccion contra los malos musulimes, que habian llamado al rey de los cristianos *Karilah*, y proclamándose emir independiente de la España Oriental. Los partidarios de Ibnalarabi, incluso su hijo Issum, igualmente que los parciales del emir de Córdoba, habian tenido que refugiarse á los valles de los Pirineos y á la Septimania, huyendo de la comun persecucion de Hussein. La traicion de Ibnalarabi y la invasion de Carlo-Magno habian conmovido menos á Abderrahman que la noticia de haberse enarbolado de nuevo en Zaragoza el aborrecido pendon de sus eternos enemigos los Abasidas, y desde luego acudió con gran golpe de gente contra la sublevada ciudad. Costó esta vez la rendicion de Zaragoza dos años de obstinado sitio, al cabo de los cuales, cansado Hussein y agotados todos sus medios de defensa, se sometió á Abderrahman, dando al vencedor en rehenes sus hijos (780). El valeroso Ommiada, restablecida su autoridad en Zaragoza, pasó á Pamplona, que desmantelada de murallas dos años antes por Carlo-Magno, no pudo oponerle resistencia alguna; desde alli prosiguió á visitar el pais vecino á Roncesvalles, teatro de las glorias de los montañeses vascones, pero sin atreverse á penetrar en aquellas terribles gargantas en que tan duro escarmiento habia hallado un príncipe cristiano, no

menos esclarecido y poderoso que él; despues cruzando de nuevo el Aragon, y reducidos á la obediencia los wálies y alcaides de las ciudades y villas de aquellas inquietas comarcas, pasó á Gerona, Barcelona y Tortosa, y asegurada al parecer la tranquilidad en estas no menos turbulentas tribus, regresó á su residencia habitual de Córdoba, satisfecho de dejar sometidos á su dominacion los valles del Ebro y las tribus y ciudades de las vertientes de los Pirineos.

Pero destinado estaba el ilustre fundador del imperio árabe de Occidente á pasar una vida desasosegada y zozobrosa. Veinte y cinco años se contaban desde su arribo á la Península, y apenas habia podido gustar algunos momentos de reposo. Vencedor de cien rebeliones, tantas veces reproducidas como sofocadas, parecia que sus enemigos de dentro y fuera se habian propuesto proporcionarle ocasiones de ganar gloria, aunque á costa de inquietudes y peligros. Aun no habia trascurrido un año de la sumision de Zaragoza cuando se vió tremolar otra vez la bandera de la rebelion en el seno mismo de la Andalucía (781). El otro hijo de Yussuf el Fehri, aquel Abul Asûad, á quien en 763 dejamos recluso por órden de Abderrahman en un torreón de los muros de Córdoba, acababa de evadirse de la prision, y era el que habia alzado de nuevo el estandarte rebelde de los Fehries. Las circunstancias de su evasion merecen ser referidas.

Los primeros años de su cautiverio habia sido custodiado con toda rigidez, porque el bando de los Fehries era todavía fuerte y hacia necesaria toda precaucion. Mas al paso que se disipaban los temores de nuevas revueltas por parte de aquella parcialidad indócil, habia ido aflojando el rigor de los guardas y carcelero, y disminuyendo poco á poco su vigilancia y cuidados. No era, sin embargo, ésta tan escasa que hubiese podido Abul Asûad realizar su fuga en dos ocasiones que la intentó. Entonces apeló á un ardid, tan ingenioso como de paciencia grande y de ejecucion difícil. Un dia habiéndole sacado á que gozase de la luz del sol, fingió en aquel momento quedarse ciego, y lo fingió con tal propiedad y lo sostuvo con tal perseverancia que llegaron todos á persuadirse de ser una realidad su ceguera. Con este motivo fuéronsele ensanchando los límites de la prision; permitíasele bajar á los algibes, y á las salas bajas del baluarte que daban al rio, y cuyas ventanas ofrecian fácil salida; dejábasele hasta dormir en aquellas piezas en las noches del estío. En este estado habia tenido ocasion de comunicar su proyecto á algunos parciales de su familia que acudian á verle, y de concertar con ellos los medios de ejecucion. Así fué que una tarde de verano aprovechando la hora y sazón de estarse bañando las gentes en el Guadalquivir y distraidos en otros negocios sus carceleros, se descolgó de repente por una de las ventanas bajas de la

escalera de las cisternas, pasó á nado el rio, y cuando se halló del otro lado tomó un disfraz y un caballo que sus amigos le tenían dispuesto, y se encaminó por sendas desusadas á Toledo, donde ya le esperaban tambien sus adictos, los cuales le proveyeron de todo lo necesario y le facilitaron medios para que pudiese sin peligro pasar á las montañas de Jaen, abrigo de todos los descontentos del emir y de todos los parciales del antiguo y pertinaz partido de los Fehries.

Cuando el emir supo la evasión del creído ciego exclamó: «Temo mucho que la fuga de este ciego nos haya de causar no poca inquietud y efusión de sangre.» En efecto, ya entonces se hallaba Abul Asúad al frente de seis mil hombres posesionado de las sierras de Segura y de Cazorla, mientras su hermano Cassim, el fugado de Toledo, el compañero de Ibnalarabi, habia reaparecido otra vez como por encanto en la Serranía de Ronda, y reclutaba gente para engrosar las bandas de Abul Asúad. ¡Admirable actividad y constancia la de los hijos de Yussuf, solo comparable á la de su padre! Noticioso el emir de esta novedad partió de Córdoba á la cabeza de su caballería, y dió órdenes á diferentes walíes para que se le incorporasen con sus respectivas huestes. Encastillados los rebeldes en las breñas de Cazorla, sostuviéronse por espacio de tres años haciendo la guerra de montaña, la mas á propósito para rendir de fatiga y sin

resultados las tropas del emir. Impacientado ya éste y ardiendo en deseos de terminar de una vez lucha tan prolongada y fatigosa, hizo un llamamiento general á todas las tribus, y congregados todos los hombres útiles de guerra, dispuso una batida simultánea en las asperezas en que se abrigaban los rebeldes, resuelto á no dejar un enemigo á vida. Abul Asúad de resultas de este ojeo reconcentró su gente en Cazorla. Aconsejándole allí unos que implorase la clemencia del emir, seguro de que seria acogido con benignidad, otros que aceptára la batalla y en lo mas recio de ella se pasára al campo enemigo donde seria recibido con benevolencia. Desechó altivamente el Fehri una y otra proposición como innobles, y prefirió aventurar el todo por el todo en un combate. Y así fué que forzado á aceptar la pelea en los campos de Cazorla, sus indisciplinadas bandas, buenas para la guerra de montaña, de sorpresa y de rapiña, pero poco á propósito para una batalla campal, fueron pronto acuchilladas y deshechas por los escuadrones regulares y aguerridos de Abderrahman. Muchos se ahogaron en las aguas del Guadalimar; otros se retiraron á sus casas; Hafila, uno de los bandidos mas antiguos, huyó á sus conocidas montañas de Jaen; Cassim pudo retirarse á la Serranía de Ronda, y Abul Asúad escapó despavorido con unos pocos por Sierra Morena á Extremadura y el Algarbe. Mas de cuatro mil hombres habian quedado en el campo (784).

Vióse Abul Asúad acosado en tierra estraña por los walíes de Beja, de Alcántara y de Badajoz: abandonáronle sus compañeros; y solo, errante noche y día por bosques y cuevas, como hambriento lobo, dice un autor arábigo, derrotado y miserable entró en Coria, donde estuvo oculto algun tiempo: precisado á volver á salir de allí, continuó errante de bosque en bosque, apagando su sed en los arroyos, y pidiendo limosna á los transeuntes: por fin, descalzo y andrajoso, desfigurado con los trabajos, entró en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, donde recibió la hospitalidad del desvalido, y á poco tiempo una muerte oscura puso fin á sus infortunios. Tal fué el lamentable fin del hijo mayor de aquel Yussuf, enemigo implacable de Abderrahman. Habíase fingido ciego en la prision, y solo recobró la libertad y la vista para gozar de la libertad de las fieras del bosque y del espectáculo de su negra desventura.

Terminada esta guerra, pasó Abderrahman á visitar la Extremadura y Lusitania. Recorrió las ciudades de Mérida, Evora, Lisboa, Santaren, Coimbra, Porto y Braga, haciendo levantar en todas partes mezquitas y estableciendo escuelas públicas para la enseñanza del islamismo: volvió por Zamora, Astorga y Avila, ciudades todas conquistadas antes por el rey cristiano de Asturias Alfonso I., y abandonadas sin duda despues ó poco defendidas, y pasó á Toledo, donde fué recibido por su hijo Abdallah con las mayo-

res demostraciones de alegría (785). Allí supo que Cassim, el hijo menor de Yussuf, unido al indómito Hafila, restos ambos de la batida de Cazorla, hacian todavía los últimos desesperados esfuerzos por la parte de Murcia y Almería. Mientras Abdallah, hijo del célebre Marsilio, y heredero del valor y de la severidad de su padre, perseguia á Cassim ben Yussuf, Abderrahman visitaba los pueblos de las montañas de Jaen, teatro de la última guerra, cambiando con su presencia y porte el espíritu desfavorable que en ellos dominaba y disipando con su amabilidad las preveniciones que contra él tenian. Al llegar á Segura de la Sierra, exclamó: «esta fortaleza, defendida por un buen alcaide y por algunos ballesteros fieles, seria inaccesible como el nido del águila en la empinada roca.» Lleváronle allí la noticia importante de haber caido Cassim el Fehri en manos de Abdallah, hijo de Marsilio (Abdelmelek ben Omar). Invirtió algunos dias el emir en recorrer las aldeas de la sierra, y luego bajó á Denia, donde le esperaba otra nueva no menos feliz. Abdallah habia capturado tambien al terrible caudillo de los rebeldes Hafila, á quien habia decapitado en el acto. Cuando Abderrahman llegó á Lorca, incorporósele el vencedor Abdallah, y juntos se encaminaron á Córdoba, donde entraron en medio de las mas vivas aclamaciones y plácemes de los habitantes de la ciudad (786). Presentáronle allí al rebelde Cassim encadenado: el hijo de Yussuf imploró la clemen-

cia del emir besando la tierra que pisaba el mismo á quien habia hecho guerra obstinada y pertinaz. El ilustre emir puso término á la guerra de treinta años con un rasgo de magnanimidad que acabó de realzar su grandeza. No solo mandó quitar las cadenas y grillos al cautivo Fehri, sino que le otorgó mercedes y le dió tierras en Sevilla para que pudiese vivir conforme á su antiguo rango y socorrer á sus parientes desvalidos. Cassim conmovido con tan generoso proceder ofreció solemnemente ser desde entonces el mas fiel servidor y amigo de su magnánimo bienhechor (1).

¡Cuán diferente estrella la de los dos hijos de Yussuf el Fehri! Abul Asúad, preso diez y ocho años en una torre, logra á costa de una fingida ceguera, ficcion aun mas incómoda que el mismo cautiverio, evadirse de la prision, alza el pendon rebelde en el corazon de una montaña, es batido á ojeo como una fiera dañina, derrótale en un combate, abandónale los suyos, vaga por los bosques como una alimaña perseguida por el cazador, pide limosna á los transeuntes, apaga la sed en los torrentes del desierto, desfigurale los trabajos de la vida salvaje, y escuálido y desnudo entra en una poblacion donde muere como un mendigo en la oscuridad y en la miseria. Cassim, su hermano, diez veces prisionero y otras tantas au-

(1) Conde, part. II., cap. 23.

xiliado para fugarse, fomentador de todas las rebeliones, conspirador incansable y eterno, aparecido do quiera que habia enemigos armados dal emir, en ciudades y en despoblados, en España y fuera de ella, en Mediodía y en Oriente, en riscos y llanos, es apresado al fin, y no solo obtiene perdon é indulto de un vencedor de quien fuera tan mortal enemigo, sino tambien tierras de que poder vivir con la grandeza de un príncipe. Inútil seria buscar en lo humano las causas de estos contrastes que en todos los siglos, en todas las religiones y en todos los paises, suele ofrecer la suerte de los hombres.

Llegamos por fin al término de la carrera de Abderrahman: treinta años llevaba de luchas el hijo de Moavia con pocas interrupciones, al cabo de los cuales, vencedor siempre, pero siempre molestado, logró todavía poder dedicar con quietud alguno aunque corto tiempo á afianzar el trono de los Omniadas y á legarse en un estado brillante á sus sucesores. Dedicó, pues, Abderrahman este apetecido período de sosiego á embellecer á Córdoba con monumentos que testificarán á la posteridad su poder y grandeza. Ya la habia adornado con alcázares, palacios y jardines; mas queriendo dejar levantado en la capital del imperio un templo que igualara ó escediera á los mas magníficos y soberbios de Oriente, dió principio á la construccion de la grande aljama ó mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan de la de Damasco, en

lo cual llevó á cabo la idea religiosa y el pensamiento político de apartar mas y mas á los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente en que los conservaba la veneracion á la Meca, haciendo á Córdoba un nuevo centro de la religion musulmíca. Para activar los trabajos y alentar á los operarios con su ejemplo, trabajaba Abderrahman por sí mismo una hora cada dia; mas á pesar de tanta actividad y de haber consumido en los gastos de la obra mas de cien mil doblas de oro, Dios no le permitió ver concluido el grandioso monumento, en que, al decir de un moderno poeta, el ojo habia de perderse en maravillas ⁽¹⁾. Reservada estaba esta satisfaccion á su hijo Hixem ⁽²⁾. Pero á Abderrahman corresponde la gloria del pensamiento y la honra de haber dotado con rentas perpétuas los hospitales y escuelas (madrissas) que levantó á la sombra de la grande aljama.

Ocupado estaba el ilustre Omniada en estos trabajos, cuando sintiéndose próximo á descender al

(1) Victor Hugo.

(2) Abderrahman hizo la parte principal, desde el muro occidental hasta la undécima nave inclusive. Segun el autor del Indicador Cordobés (edición de 1837), la actual catedral de Córdoba compendia en sí la historia de los cuatro grandes periodos de la historia romana, gótica, arábica y restaurada. En el sitio que hoy ocupa este grandioso templo estuvo el que los romanos dedicaron á Jano, que llamaron Augusto. De ello se hallaron dos inscripciones cuando se abrie-

ron los cimientos para la fábrica de la capilla mayor, que están hoy colocados en el arco llamada de *las Bendiciones*. En este mismo sitio, segun la opinion mas probable, estuvo en tiempo de los godos el templo de San Jorge, aquel fuerte donde se refugiaron los caballeros godos y cordobeses cuando la invasion de Muguiez el Rumi, y que de la catástrofe en él ocurrida se llamó *iglesia de los Mártires*. Despues fué la gran mezquita, y San Fernando la convirtió en catedral cristiana, cuyo destino conserva.

sepulcro convocó á los walies de las seis provincias, y á los gobernadores de doce ciudades principales, con sus veinte y cuatro wazires, y teniéndolos reunidos en su alcázar, á presencia de su *hahgib* ó primer ministro, del cadí de los cadíes, de los alkatibes, secretarios y consejeros de estado, declaró su voluntad de dejar á su hijo Hixem por *wali alahdi*, ó sucesor del imperio; rogó á todos le reconociesen y jurasen por tal, é hicieronlo asi todos aquellos altos dignatarios, tomando la mano á Abderrahman, segun costumbre, en señal de obediencia y respeto, y prometiendo fidelidad al futuro emir cuando su padre muriese. Era Hixem el predilecto de su padre, porque aventajaba á sus hermanos en bondad y en sabiduría, en prudencia y rectitud. Murmuróse que la sultana Howara, madre de Hixem, la mas querida, y acaso la única esposa que tuvo el emir, no habia dejado de influir en la eleccion. Mas aunque los dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah no podian reclamar legalmente derecho de preferencia á la soberanía, puesto que esta era electiva como lo era tambien en aquella época entre los cristianos, no pudieron sin secretos celos y sin un resentimiento que por entonces ahogaron, verse postergados á un hermano menor, cuyo mérito y virtudes presumian por lo menos igualar.

Despedida la asamblea, partió Abderrahman á Mérida, acompañándole Hixem, y quedando Abdallah

en Córdoba: Suleiman volvió á su gobierno de Toledo. A los pocos meses adoleció Abderrahman en Mérida de una enfermedad, de la cual no tardó en sucumbir. Acaeció su muerte en el año de la hegira 174, el 22 de la luna de Rebie segunda (30 de setiembre de 788). Tenia entonces poco mas de cincuenta y nueve años, y dejaba once hijos y nueve hijas. Hizosele un entierro solemne y pomposo, acompañando su féretro toda la gente de la ciudad y de sus contornos, con señaladas muestras de sentimiento y pesadumbre ⁽¹⁾.

Asi terminó su agitada y gloriosa carrera el primero de los Ommiadas de España, Abderrahman ben Meruán, á cuyas aventajadas cualidades sus mayores enemigos no pudieron menos de hacer justicia. Almanzor, Califa de Bagdad, y por lo mismo natural enemigo de su nombre y familia, elogiaba su valor y sus talentos, y se felicitaba de que las guerras interiores de España le hubieran impedido ejecutar el atrevido pensamiento que tuvo, segun Al Makkari, de llevar la guerra hasta el Oriente y de derrocar la poderosa dinastía de los Abasidas. Los escritores cristianos, á pesar de sus naturales antipatías, no pudieron dejar de reconocer sus virtudes. El Silense le llama el gran Rey de los moros ⁽²⁾, y el Arzobispo don Rodrigo dice que Abderrahman fué llamado *Adahid*, el Justo ⁽³⁾. «Carlo-Magno, dice un escri-

(1) Conde, cap. 24.

Maurorum... Chron. n. 18.

(2) Abderrahmen magnus rex

(3) Hist. Arab. 18.

tor contemporáneo, la figura colosal que descuella en aquel siglo, queda rebajado en comparacion de Abderrahman ⁽¹⁾.»

Aunque Abderrahman gobernó como gefe supremo é independiente, y aunque las historias cristianas y algunas árabes le nombran Rey, Califa (Vicario), ó Miramamolin ⁽¹⁾, consta por Al Makkari que nunca se dió á sí mismo sino el modesto título de Emir. Los dictados de Miramamolin y de Califa no empezaron á darse á los Emires de Córdoba hasta el octavo de los Ommiadas de España Abderrahman III. ó sea Abderrahman al Nasir.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I. entró en Africa Edris ben Abdallah, que despues de haber andado errante por aquellas regiones como en otro tiempo Abderrahman, se apoderó de Almagreb, quitándoselo á los califas de Oriente, y echó los cimientos del reino de Fez, que trasmitió en herencia á su hijo Edris ben Edris. De esta manera el Africa propiamente dicha, desde el Egipto hasta el Estrecho, se constituia independiente de los califas Abasidas, como treinta y ocho años antes se habia constituido la España: circunstancias interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

(1) Alcant., Hist. de Granada, tom. II.

(2) Corrupcion de *Emir-al-muminin*, emir ó gefe de los creyentes.